

TABLAS DE DERECHO CIVIL.

BIENES.

Por **Ovidio Aundjian B.**

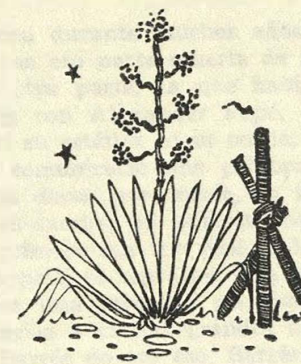
En una magnífica edición ha presentado el Profesor Ovidio Oundjian B. este libro que será de veras útil para la juventud universitaria que estudia abogacía. No se crea que el Derecho Civil es algo árido como lo sostienen algunos. Seguramente es una materia de las más importantes en la carrera de derecho, porque tiene que ver con la persona, la familia, las relaciones entre los seres humanos en virtud de mandatos legales que son producto de una sociedad civilizada que se rige por normas de derecho, que son precisamente el triunfo del hombre sobre la barbarie.

Ovidio Oundjian B. es un estudioso del derecho. No lo ha tomado como trampolín para asaltar posiciones o para cumplir con "la patente de corso", de que nos hablaba un gran profesor, humanista además, del Externado de Derecho. Tiene vocación por su carrera e investiga en esos meandros del derecho, con rigorismo y pasión intelectual. Lo comprueba este libro de Tablas del Derecho Civil, escrito normativamente, con rigor lógico y en un idioma bien trabajado que invita a la lectura.

Por todo ello, el autor ha realizado una obra que acrece las fuentes del Derecho Civil, materia tan importante en la formación del criterio jurídico y de la misma personalidad ética del abogado.

A. R. G.

TIEMPO Y POSTERIDAD



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

TIEMPO Y POSTERIDAD

Segunda Muerte de un Escritor

Por **Eduardo Mallea**

Confieso haber hecho durante muchos años de Barrés un objeto de alejamiento. Lo leí con esa parte muerta de nosotros que hojea los libros indiferentes. La otra parte, la que había convivido tiempo y tiempo con Swedenborg, con Alexander Pope, con Bóheme no podía recibir a este cantor. Ni su estética ni su teoría, al encontrarse con mi propio destino, podían comunicarle una palabra conductora, sugerirle un estilo, suscitarle una duda, proponerle, en fin, un tipo de acción. Por el contrario, todo su camino me parecía necesitar un recorrido de otro modo. Ante él lo primero que me venía a la boca era, en los cien cangilones de la intolerancia, el reproche. Una juventud reclama siempre expedientes austeros, una juventud necesita siempre estar movillada. Esto se logra gracias a ciertas grandes maestrías de pasión, de inspiración, de fiebre. Barrés no era eso, Barrés no era la pasión, sino lo apasionado; no la inspiración, sino lo inspirado; no la fiebre, sino lo febril. Esta pasividad, esta adjetividad, esta tendencia calificativa antes que substantiva se me presentaba, en consecuencia, como algo definitivamente pretérito.

Pero nuestra mayor equivocación consiste en hacer de nuestras equivocaciones dura ley. Creemos a menudo que lo que rechazamos es preciso e inapelable en el tiempo. Y, en realidad, todo desacuerdo es en gran medida circunstancial. Diferentes somos en diferentes horas. Por lo que concierne, sobre todo, a las interpretaciones literarias, semejante comprobación es axiomática. Unas veces los libros no son prematuros; otras, sí lo son. En muy pocas ocasiones el encuentro de nuestra razón con un texto se presenta al primer abordaje bajo los signos de una coincidencia y recíproca madurez. Así sucede que la más íntima minoría de los espíritus, los stendhalianos happy few, los entes de selección, las sensibilidades más decantadas son los que están mejor organizados como terreno para la madurez de las más raras semillas y constituyen los críticos reveladores y señeros de una época por ser los que primero comprenden, adelantándose sobre la inmadurez de la con-

temporánea mayoría en la asimilación de la obra madura. Es así que lo propio de las obras dotadas de un potencial profético y artístico más perdurable consiste en obtener su plano de acción y gravitación mucho después del tiempo en que fueron producidas.

Educado, por obra de esas contingentes y misteriosas razones que gobiernan una formación intelectual, en el cultivo y la estima de ciertas formas de arte que alimentaran su llama, en cierta previsión muy intensa de lo sobrenatural, es decir, que no concibieran al sujeto mismo de la creación literaria sino como el mero instrumento de una serie de operaciones calculables, pero no subordinables, superiores a él en esencia y trascendencia, mal podía gustarme todo aquello que tuviera aspecto de arte romántico, o sea que se diera a sí mismo las leyes de su principio y los extremos de su fin. No hay en verdad arte grande fuera de aquel, cuyos medios son modestos y sin mesura las instancias espirituales a que se encomienda. Hombre y arte, los que comienzan y acaban en sí con mucho boato de por medio escapan a la perduración precisamente porque carecen de extremos que los generalicen o angelicen hasta tocar trascendencia.

Las primeras lecturas de Barrés, para un temperamento así previsto, no podían resultar sino mareantes. Ese paladino recalentamiento de la forma hasta dar fuego por ignición del vocablo estaba lejos de los grandes ascetismos en cuyo desierto van los más llagados y los más lúcidos a buscar su maestro. Semejante altitud de ebullición podía contagiar hervor, sarpullidos y burbujas del ánimo, pero no sabiduría ni menos aún esencial experiencia. La voluptuosidad puesta al lado de la muerte, confiere a ésta lo que tiene de menos tremendo, o sea lo que tiene de más físico, de rígido. Y este manejo en que incurría Barrés, como D'Annunzio, de los vocablos extremos creándoles una saturación en su estado más anímico o sensorial y no en el más espiritual, en el más transitorio y enfático y no en el menos pasajero y más extenso por sobre las emergencias contribuía a hacérmelo más digno de sospecha y prevención, porque cuanto más pensaba en ello más claro se me hacía que el verdadero voluptuoso no habla nunca de la voluptuosidad, como el familiarizado con la muerte no habla nunca de la muerte, siendo los dos camino inevitable antes que puerto.

Este loronés ardiente y cetrino, hombre de carne castigada, a la vez brioso y suspirante, sensual y triste, buscándose las salvaciones en la sistematización de sus estados de ánimo, excitado, exaltado, no me parecía haber previsto los altos dormitorios de la muerte. Me parecía haberse quedado en los primeros; en los bajos. Traer el presentimiento de estos dormitorios a los suburbios de la política era algo extraño, desusado, y eficaz en muchos modos no triviales. Sin duda. Pero esa muerte paseada y callejera no era la muerte de los antiguos cantos; era su facsímil estucado con el afeite de una de las más bellas prosas que el idioma francés pudo pedir. Lo malo de esta prosa era que ella misma conformaba el techo de su resonancia. No revestía, por ejemplo, la ligereza espiritual de los líricos ingleses del siglo XIX, su ingravidez preciosa; ni la torva austeridad española; ni la dignidad goe-

theana, tan airadamente limpia de recargas febriles. Todo en este francés se resolvía según principios esencialmente retóricos y su vuelo parecía el de un joven gavilán enfermizo.

Me hallaba, en suma, listo a conferirle una fuerte carga de descrédito, con lo cual no hacía sino manifestarse en mí correctamente el espíritu de generación que, arto de santones litúrgicos y pontificantes fantasmas, pedía a gritos tratados fidedignos, una conformación ascética en los textos y en sus fines. ¿Cómo pactar con esas otras naturalezas orquestadas, aquí gimientes y allí lulantes, pero libres de carga sería en su región central?

Sin embargo, todo esto, con respecto a Barrés, era un error. En parte todo lo que suscita cierto antagonismo tiene utilidad. Lo inútil es el prejuicio; la inteligencia crítica no desdeña nunca a contendiente considerable; en cambio la mediocridad tiene el desdén a flor de piel. Era un error, repito, por ser actitud antes que noción, por haber jugado la pasión antes que la inteligencia y por no haber aprendido bien, como se desprende, mi lección de Barrés, pues yo miraba a Barrés a través de la tela de su literatura, siendo que la lección era saber que Barrés, la meditación sobre Barrés, empieza allí donde acaba su literatura. Me gustaría insistir en la índole de este hecho. Sólo Francia ha podido ser capaz de cosas semejantes. Este literato, este prosista en posesión de las cualidades más estupendas que una lengua pueda poner en manos de un hombre, estaba en verdad destinado a encarnar un sacrificio —el de su propia obra en tanto que arte— a fin de servir a otros imponderables del genio de su tierra. Una efusión de literatura perdida como literatura, ganada en los elementos de acción inmediata en ella contenidos —digo inmediata, no digo ulterior ni total—, perdida en su intemporalidad y ganada en su emergencia, que es lo peor que puede ocurrirle artísticamente a una obra, pero de lo mejor que puede ocurrirle moralmente. (Digo: de lo mejor. Hablo con cautelas verbales. Ya se verá por qué).

Este gran triste quizá presentía su extraña misión.

Veámoslo vivir. Un día Bourget —ese ilustre deficiente— señala con el dedo a los lectores de Francia un libro lleno de ardor joven: *Sous L'Aeil des Barbares*. Gracias a este profético índice —tan venerable a la sazón— el libro pasa de unos adolescentes entusiastas a las manos más conservadoras, más cautas. ¿Qué trae en su barca esta literatura? Estos dos tripulantes: una armonía y un mensaje. La alta burguesía y la Universidad vieron llegar asombrados a este abogado exquisito del culto del yo, especiosamente hirsuto y ásperamente violento contra el escepticismo del señor Renán y contra los bárbaros. Pero los bárbaros —aquí comienza la cosa— no eran específicamente los filisteos, sino todo aquel que osara oponerse al cultivo del yo barresiano. Entre 1888 y 1891 aparece la trilogía del culto del yo, o sea *Sous L'Aeil des Barbares*, propiamente dicha. Un hombre libre y Lejardin de Berenice Barrés se siente un artista distinto a los ilustres psicólogos contemporáneos Taine y Bourget en el sentido de que si éstos remontan en la investigación de las causas de cada temblor humano para desentrañar

de los casos particulares las leyes generales, él se contenta con la descripción de estados de alma, cuyo riesgo consiste en ser ininteligibles si no son compartidos. Esto es, estados de alma tendenciosos; no a la manera en que un Eurípides o un Horacio pudieron describirlos. Se considera tan inexplicado e innecesario de explicación como La Imitación de Cristo y hace suyas las palabras de un poeta extranjero: "Toda gran poesía es una enseñanza; quiero que se me considere como un maestro o como nada". Este ideólogo apasionado campa así por los fueros de la más rigurosa aristocracia. En su lecho de muerte un joven escritor de su edad junto a quien se habla de elegir un príncipe en medio de exclamaciones y adjetivos, escribió en un papel el nombre de Barrés. Ya lo era en el corazón de un tumulto de adolescentes. ¿Cómo no había de serlo quien acompañaba a los sansimonianos en la idea de que el egoísmo es el expediente de salvación de los cuerpos organizados? Toda juventud que no encuentra al empezar su vida una religión, un axioma o un príncipe de los hombres debe servir las necesidades de su Yo. Tal es el principio del primer Barrés. Existen dos potencias en lucha; de un lado el Yo, del otro el Bárbaro. Así como para los griegos bárbaro era todo aquel que no fuera griego, para la teoría de Barrés todo lo que contradice la libre formación de una sensibilidad es agente de barbarie, sea artista o burgués, ideólogo o industrial. Pero el Yo necesita ser ardiente y clarividente. Para su desarrollo, en el segundo volumen de la trilogía, Barrés pone a su servicio el método de Ignacio de Loyola, su mecánica moral. Así, listo para la acción, el Yo barresiano, Philippe, se enfrenta en la tercer novela de la trilogía con una campaña electoral. Berenice representa objetividad, la parte sentimental que reposa en toda joven virilidad. Lo esencial, pues, para Barrés, era que siendo nosotros quienes creamos el universo, el Yo, al extender los recursos de su sensibilidad y de su conciencia, descubriera una nueva armonía universal, sin resignarse a ser en su vida un mero reflejo de los Bárbaros. Las concepciones de una mente lúcida, en efecto, conforman en el universo un bello orden.

El manejo exaltado e intenso de esa teorización principesca, tan decadente, sin embargo en su envoltura de pujante novedad, llevó a su autor a un prestigio insuperable, de calidad tan ferviente como puede conformarla la más extrema admiración literaria en un país donde la inteligencia asume una categoría sin igual. El culto del Yo fue acompañado del culto de la tierra y de los muertos. Pero a Barrés no le bastaba ese prestigio. Su inspiración extremaba en él la voluntad. La voluntad le pedía puertas. Este joven semidiós literario necesitaba ser diputado de la Tercera República. Los libros no le parecían vía suficiente para la propagación de un estado de alma que tenía por objeto un cambio eminente en la entidad nación. Y así trajo a Barrés a la política de Francia una doctrina: el nacionalismo.

El y Derouléde ingresan en la Cámara en 1889, dos años antes de aparecer el último volumen de la trilogía, ambos representaban la reacción y el espíritu de unidad vindicativa tras el desastre del 70; ambos, incorporados al boulangisme, aspiraban a llevar al Elíseo una mano de hierro y concebían el cesarismo y la dictadura como un remedio de urgencia.

Pero el individualismo barresiano hace crisis con la aparición de L'ennemi des lois, donde su repudio de las disciplinas sociales adquieren una virulencia de tipo netamente político. Su egoísmo de la primera trilogía viene a imbricarse en la segunda, faz ésta definitiva del pensamiento de Barrés; la trilogía de la Energía Nacional, en la que no distingo yo divorcio alguno con su ideología del comienzo. Pues la aparente discordia entre el postulado de la desagregación individualista y el manifiesto de la egregación nacional asumen en él la vía única de una teoría de la exaltación. Un exaltado necesita siempre un objeto en qué descargarse y para Barrés el vago ideal metafísico de su primera actitud era todavía demasiado subjetivo, demasiado poco objeto. Este objeto necesitaba desde entonces representarlo con mayúscula y lo hacía cambiar de esencia en esencia sin conseguir fijarlo definitivamente. Al fin encontró en lo nacional un objeto concreto de exaltación, una materia que trascendía los límites del capricho, y descargó en esa realidad recién descubierta su enorme empuje de ardor. (¡Pensar que algunos franceses de gran alma pusieron aquel 88 la dignidad de ese objeto con mayúscula en los hombres de un general de mente laxa como el desventurado Georges Boulanger!

El príncipe de las letras se tornaba así en príncipe de la acción. Ya no tolerará el egoísmo descujado: la tierra loyolense le ha conferido un juego de evidencias, según el cual muertos y raza imponen a la nación un decreto de unidad. Y ese es su acierto: configurar a la nación según la estructura y las necesidades de una intimidad. De ese modo hace de un cuerpo abstracto constituido por una memoria histórica y un complejo de células geográficas algo que tiene a la vez alma conducible y obvias posibilidades de galvanización. Barrés está cargado de amor por esta forma sensible que acaba de descubrir.

En 1895 quedó definitivamente rota la coalición entre la derecha y el pequeño partido nacionalista formado por los partidarios de Boulanger. Reforzados con el aporte del nuevo partido socialista, los radicales y los radical-socialistas constituyen la nueva izquierda. Pero el affaire Dreyfus pone de nuevo en marcha, rehecha en su original virulencia, la agitación nacionalista. Presidente de la Liga de los Patriotas después de su fundador Derouléde, Barrés necesitaba otra vez del recinto del Palais Bourbon, al que había entrado la primera a raíz de un golpe antiparlamentario de Boulanger y debido a lo cual nuestro escritor se llamó a sí mismo un "diputado por defenestración". Fracasa en 1902 como candidato del cuarto arrondissement y se siente abatido porque las dos ideas del momento —descentralización (tratada ésta por Maurras en un libro) y "racinement"— no le parecen aptas sino de la gran resonancia que dispensa la discusión pública. Al fin alcanzó a ganar las elecciones de 1906, justo cuando iba a redactar *Mi decepción política*, y al día siguiente de la elección no va a la Cámara con sus colegas: va a Domremy, la tierra de Juana de Arco, a fin de colocarse en secreto —como lo cuenta en sus Memorias— ante un símbolo bello y noble, "sorte de démarche grave...", dice, atento él mismo a su propio espectáculo. El califica, jalona, precisa los matices de su conducta simbólica. No ignora que es el príncipe y que un príncipe que se estima debe confeccionarse un alma pública...

Pero su misión no era otra que la que él creía. Mucho menos ostensible, mucho más secreta y profunda, en cierto sentido mucha más trascendente. Su obra no iba a ser un puerto de fastuosa grandeza sino un oscuro agente de gloria. De su obra, todo iba a perderse excepto sus consecuencias de instigación. A su pasión inquieta Francia le tenía ya reservada un tranquilo destino. El iba a servir según lo providencial y no según lo pasional.

En los veintiséis años comprendidos entre 1888 y 1914, Barrés no acordó pausa a los ejercicios de una naturaleza, cuya cualidad más definida era el estado permanente de fervor. Tenso y laborioso en aquel despacho donde dormían en efigie sus dos máximas representaciones regentes, la mascarilla de Pascal y el busto del Gran Condé, parecido a los dos por su magrura y por una taciturnidad de la cual la contraparte de fácil risa era conocida tan sólo por los íntimos, toledano de tez por lo oscuro, algo encorvados los hombros del hombre de mucha mesa de labor, lacio y sombrío como un hijo de reyes asesinados, su boca tenía siempre prontos los términos llaves de su manifiesto literario: "tristeza", "sombria grandeza", "sacro ardor", "lacerante dulzura", "exaltación deliciosa" y otras maneras verbales donde se empeñaba en encender llamas artificiosas.

Nada de lo que puede lograrse con la palabra dejó de lograrlo. El fervor que despertaba en las conciencias vigilantes este artista ambidextro de la obra poética y de la obra civil llegó pronto a la categoría del mito. El milagro persuasivo de la armonía de un espíritu hacía cada día desde Sion Vaudemont hasta las landas un nuevo adepto, un nuevo oído listo para ese mensaje brioso de virtud en el sentido dantesco de este término. Aquella prosa densa y elástica, de pronto tónica y de pronto perdida en las sutilezas más bizantinas contenía, comportaba, se proponía infundir en la vida francesa dos tiempos morales: uno de movilización, otro de intensificación nacional. ¡Qué gran profesor de energía, qué gran teórico, qué gran profesor de enseñanza en Francia! ¡Qué francés! Ni una sola unidad cívica deja de formar en esa invitación al agrupamiento —un agrupamiento verdaderamente frutal en racimo— de todas las fuerzas nacionales. No encara en el parlamento sino las cuestiones nacionales, los grandes temas especulativos. Este doctrinario rechaza lo fortuito, lo accidental. Está al servicio de la estimación del país. No descansa. No tolera que una sola vehemencia equívoca turbe lo rigurosamente orgánico de su concepción de la vida francesa como una sinfonía coherente y potentísima. El que no conocía de la doctrina católica más que la Imitación, emprende un día la defensa de las iglesias de Francia y se conmueve ante la piedad de ese paisaje de capillas dispersas por el paisaje nativo.

Una sola cosa lo preocupa, una sola cosa lo domina: la unión sagrada. Este refinado, este exquisito, este balanceado continuo entre los excesos del éxtasis y los extremos de la acción no es nada profundo. Todo lo que piensa, bajo la piel de un ficticio refinamiento, es grueso, y si le saca punta hasta hacerlo parecer sutil ello se debe con exclusividad a las delicadezas de un arte verbal. No sin razón lo atacan los católicos y le enrostran el pensar la religión como un patriotismo.

Su temperamento es rico, pero la riqueza es mucha veces una privación de riquezas. Su pensamiento no se manifiesta por hondura, sino por propagación. Para la sucesión de las ideas tiene el sistema menos sistemático o sea la lucidez de la efusión, que se parece al modo de conocimiento de los pródigos intuitivos. Quizá por eso había elegido, a guisa de héroes, a esos dos seres tan diferentes a él por el modo de ir a las cosas, dos típicamente ascetas, dos no efusivos, dos rigurosos, dos nítidos, dos antirrománticos: Pascal, Condé. Dos espíritus de precisión tendidos austeramente el uno hacia la metafísica y el otro hacia la acción, sin estaciones de demora. ¡Qué confesión latía en sus líneas sobre la angustia de Pascal! Al hablar de él: "He ahí un estado de espíritu —nos dice— del que ni usted ni yo, señores, podemos tener un sentimiento exacto". Lo que más ama en el mundo es la mascarilla de ese hombre tan diferente a él.

He aquí la gran paradoja: todo lo que en su arte confeccionaba para la posteridad era lo efímero. Sus infinitas modulaciones retóricas sus ternezas, sus siruposas cavatinas, su rebuscamiento exquisito importaban poco —¡cuánto distaba él de saberlo!— al lado de su lisa y llana exaltación a la energía y al agrupamiento nacional en un solo resorte. Lo que había en este antibárbaro de grande era la increíble capacidad de veneración de su barbarie. Su vigor de conducción portaba en zonas profundas una noción, a decir verdad, inestimable; el sentido del honor. El honor, instancia terrible; no ese episodio convencional que sucede entre padrinos. La noción íntima y fundamental del honor, esa flor áspera que el hombre siente brotar dentro de sí en su propio confrontamiento y en la más alta soledad, cuando nada de él puede distraerse ya, cuando nada de él puede mentirse, cuando todo en él es ojos del universo y de Dios. El honor no público, el honor que cada cual tiene que atender o asesinar en sí según el más trágico y último de los soliloquios. El honor que es sacrificio absoluto y que no tiene otra salida que el sacrificio y que no puede ser más que sacrificio y que por eso es trascendente y sobrealimentado. Cruel categoría que acepta toda muerte, menos la del alma, y desprecia su propio plural, los honores. Fue con la vehemencia de un bárbaro como Maurice Barrés hizo de esa categoría estado de unión y de comunidad. El pueblo francés, llamado, mostró lo que tenía adentro. Barrés no paraba ahí. Invitaba a los grandes estados de patetismo exaltado y Francia se hizo, en el plazo de veinte años, evolución en la que él tuvo mucha parte, una entidad diferente a la que quedó del 70. El famoso literato llegó a ser para la gente la más alta presencia nacional. La ecuación entre él y la tierra se resolvió en la forma más exacta. El príncipe, el creador de Colette Baudoche era un mago: todo lo que tocaba se volvía moral erectismo; en posesión de ese sujeto de atención tensa el conductor podía hacer cualquier cosa.

Lo hizo. Al acercarse 1914 su ardiente siembra produce el fruto. Toda Francia es un milagro. La nación está en pie, la nación es una sola voluntad, la nación toda es un estado de honor. En ese magnífico y complejo aparato no hay un tornillo que no esté ajustado, una conciencia que no vele, un corazón que no esté impaciente, un alma que no esté resuelta.

El país está maduro para lo que vendrá.

Y es entonces cuando Barrés deja su paso a otra cosa.

II

Barrés el egregio, es decir, el que sobresale de lo gregario, deja su paso a otra cosa; al hombre común de Francia. De nada vale ya —Barrés lo siente— su tipo de sublimidad, el de Barrés; ahora va a jugarse otra carta. En lo profundo del país, ahí donde late el futuro de toda tierra, pues todo futuro brota de la hondura y no de la superficie, una naturaleza ha madurado entera; el pueblo francés. Todo lo que se va a hacer en adelante no va a ser obra de príncipe, sino comunidad.

Barrés había sido la personalidad y lo que después surge es la persona. La persona común. Presenta la movilización a ese nuevo actor; y es fuerte y extraño, es el pueblo francés. Venía madurando en napas adentro, formándose del limo esencial, y su primera manifestación sensible tomó el nombre de Charles Péguy. Toda la literatura cae llamada ante una aparición de esta inédita especie. El acto, el acto limpio, es lo que empieza; ya no caben otras efusiones más que la sangre y la oración. El soldado francés prende hacia arriba los dos ángulos superiores del capote. En algunos días más van a salir en una sola línea los taxis hacia el Marne. Y a la gran literatura académica le había correspondido aquel canto modesto, simple, solemne:

Felices los que han muerto por la tierra carnal.
Con tal que ello haya sido en una justa guerra.
Felices los que han muerto por su rincón de tierra,
Felices los que han muerto de muerte sin igual.
Felices los que han muerto en inmensa batalla.
Echados sobre la tierra con la cara hacia el cielo,
Felices los que han muerto en un extremo anhelo.
En la pompa sombría que sigue a la metralla.
Felices los que han muerto por ciudades carnales,
Porque ellas son de Dios el cuerpo y el solar.
Felices los que han muerto por su fuego y su hogar,
Y por salvaguardar las casas paternas.
Porque ellas son la imagen, son el presentimiento
Y el cuerpo de la casa de Dios Nuestro Señor.
Felices los que han muerto con tamaño ardimiento.
Por promesa terrena y en abrazo de honor.
Porque ese voto de honra es el presentimiento
Y es el primer ensayo de una eterna promesa.
Felices los que han muerto en combate tan cruento,
Para cumplir en toda su terrena promesa.
Porque ese mismo voto es el presentimiento
Y es el primer ensayo de una fidelidad.
Felices los que han muerto en tal coronamiento
Y en tan grande obediencia y en tan grande humildad.

Felices los que han muerto, los hombres reintegrados
A la primera arcilla y a la primera tierra.
Felices los que han muerto en una justa guerra.
Felices las espigas y los trigos segados.

Ante la inminencia trágica de la guerra, ante su estallido, el hombre ilustre recoge sus velas; el que viene, el que ya marcha, el que escribe desde el frente aquellas cartas insuperables en las que la muerte colabora como una fuerza tremenda, pero no tímida, ese es el hombre que se llama como Péguy a sí mismo: "un francés de la especie ordinaria". Y esta especie es más grande que la otra, que la encumbrada y eminente, esta especie es la del hombre pueblo, la del hombre total. Al fin y al cabo toda maestría técnica es una omisión de otras funciones. Un gran hombre es por lo general un gigantesco mutilado. Un hombre de la especie ordinaria lo comprende todo; por eso es más grande y más sólido que el delicado pájaro de altura. Péguy irrumpe en la historia de Francia como el héroe, como el gran sacrificado civil. Su mística es más grande que la política porque la comprende, porque la abarca; su mística es más extensa que la moral porque la comprende; su mística es más grande que la literatura porque la comprende. Y siendo común y estando por lo mismo cerca de la tierra, alcanza todos los extremos de la caridad y ninguna de las puntas del ensimismamiento.

Así vio nacer Barrés a este agonista construido con la materia del pueblo. De sus manos dependía el futuro de Francia. Y debió tocar la emoción más alta de su vida al sentir la calidad de corazón que había en ese escritor salido del pueblo, en ese Charles Péguy que componía hasta la víspera de vestirse de soldado común los Cahiers de la Quinzaine con sus manos de obrero y su hermosa pasión, su pasión sobria y vehemente. Barrés lo vio levantarse y su conciencia se lo señaló como la encarnación de lo que él más había deseado, como una naturaleza en estado de honor, como una salud, como una unción, como una autenticidad. El, Barrés, era el lírico; éste era el héroe, El Barrés, era el patriota, el cantor exaltado del suelo racial; éste era la tierra. El, Barrés era la frase, esto es, la enjundia literaria; éste era el verbo. El, Barrés, era el temperamento; éste era el espíritu. El, Barrés, era la apelación a la sangre; éste era la sangre.

Y además había en el estilo de los dos una correlativa y antagónica densidad reveladora de su oposición. Así, en cuanto la respiración y el movimiento de los períodos indican netamente los coeficientes de generalización que un estilo personal puede tener, marcábase en el de Barrés, con ser tan generoso de comunicación, algo mucho más abstracto y mucho más individual, mucho más singular, en la acepción estricta del término, puesto que retórica es artificio de diferenciación, que es la vena gruesa, humana y popular de Péguy. Siendo la literatura fenómeno de voz individual por excelencia, la prosa de Péguy trajo esta característica providencial: ser expresión de lo colectivo en su aspecto más profundo, menos transformado y más sobriamente solemne (solemne en el sentido de la muerte, no en el de los paramentos). Tal expresión, era sorda al refinamiento a causa de la riqueza de su materia en estado bruto.

Igual a esta prosa era el francés que se arracimó en las trincheras, cubrió sus campos y sangró con sus catedrales, y cambió por los de Marne y de Verdún su propio nombre. Barrés, ante semejante prueba de honor, de honor épico, tuvo un gesto digno de esos combatientes: de actor se hizo espectador, y en vez de continuar enarbolando su voz de concitación e invocación cambió en crónica de estos vivos lo que fuera su canto de los muertos. ¡Qué respeto y qué moderación! En él, que había sido, por antonomasia, el inmoderado. Se aplicó con humildad a ser el cronista de los nuevos héroes. Fue él quien tuvo que despedir a los propios muertos, que unirlos a los antiguos, que soldar esa sucesión, que decir adiós a ese teniente Charles Péguy caído cerca del Marne con un balazo en plena frente como si hubiera marchado con la cabeza alta al encuentro de ese metal, como si hubiera ido directamente a esa consumación de una obra del espíritu por el hierro y el sacrificio de la sangre.

Después de la guerra ya Barrés no tenía nada que hacer en el mundo. Le había sido dado lo más alto que puede deparársele a un escritor, había llamado con su voz un destino nacional y visto cumplirse en vida ese destino. Estaba sobreviviendo a todo, aun a los hijos de su obra.

Era extraño cómo al final su voz había bajado. Estaba triste: su alegría estaba enterrada, su alegría era toda esa juventud. Un día, durante el último invierno de la guerra, sale a caminar con el periodista Corpechot. Su médico acababa de diagnosticar un cáncer. En una ocasión así ¿qué podía esperarse que dijera un exaltado de su especie? Dice esto, tan sencillo: "Morir es de tal modo natural. Lo que es extraordinario es vivir". Pero después de aquel falso diagnóstico todavía iba a durar, todavía iba decir algo. Después de la victoria, al ratificarse en la Cámara el tratado de Versalles, decepcionado lo vota, sin embargo, esperando que los gérmenes de grandeza que a pesar de su imperfección contiene "no sean combatidos, contrariados, invalidados por aquellos que han asumido el deber de desarrollarlos".

Pero este era otro mundo, el de la posteridad, y él tenía que irse.

Su muerte dejó en torno a su literatura un lago de indiferencia y de baja. Pero ninguna consecuencia de esta índole es gratuita ni casual. Una consecuencia así obedece a leyes oscuras e incontrariables. Al cesar de ser útil, al cesar de servir, una literatura en la que los atributos de exceso que la componían se justificaban sólo por los elementos de exaltación que era capaz de comunicar, perdió su virtud misma. Sólo los escritores de la más joven generación entre los que hicieron la guerra, aquellos que habían llevado entre la caramañola y la pistolera un pequeño volumen con el infierno de Rimbaud o el cielo de Pascal, siguieron recordándolo como al maestro insubstituible: Drieu la Rochelle, Montherlant.

Barrés desapareció. France desapareció. La experiencia de una realidad brutal, de un mundo cuya tierra acababa de ensombrecerse con la roja humedad de tanta juventud muerta, no dejaba sitio a la ironía

de saloncito, zumbona y superficial. Para sostener los fueros de la incredulidad escéptica y de la elegancia pesimista se habría necesitado la nuda garra de un Voltaire. La nueva juventud escogió una literatura de afirmación, pero directa y verídica, no literaria no barresiana; y la vida Péguy, de Péguy autor, se hizo en la nueva realidad más sólida que nunca.

Esta enseñanza tocó, sin embargo, a un número pequeño de gentes. La declinación de Francia se preparaba por otras vías. La epidemia moral iba a hacer presa en el pequeño grupo de lo alto y en el gran número. Pero para la constitución de un nuevo heroísmo es menester haber tocado la sima, las profundidades del pavor, la ignominia, el disgusto de sí, el desprecio y el asco hacia lo que debilitó por un momento el alma. Sin contar con esa segunda vista que el Ángel de la Muerte trae a ciertos hombres como lo explica Chestoy, la cual va mucho más allá de los cómodos estados inmediatos.

Y es, ahora que ha llegado esa hora de la sima, la hora del abismo, la hora de los grandes enfrentamientos sombríos del hombre con la muerte embozado en el destino, la hora de las horrendas preguntas tácitas al espíritu de la historia, cuando las dos categorías barresianas, el yo y la barbarie, vienen a tener, por fin, su acepción no literaria. Esto es, la acepción que escapa a Barrés y lo trasciende.

El temor, el presentimiento de esta nueva acepción es lo que ha hecho que los ocupantes prohíban hoy en Francia la circulación de Barrés. No por Barrés mismo, claro está, sino por el contrabarrés que Barrés incuba y que, como Gide se lo pedía al autor de *Les déracinés*, no busca un sistema comfortable aunque sí una experiencia de heroísmo. He ahí que este gran ahito de su propia retórica habría encontrado al fin, a contrapelo de su propia obra, su gran consecuencia humana, la suprema depuración, purgado él mismo de ornato y tenues calificativos.

Porque el yo Barrés es hoy un yo distinto; es, lejos ya de tantos tristes egotismos, esa lisa y llana complexión que se llama un ser humano; y los bárbaros son los que de esta complexión, a la vez misteriosamente difícil y trágicamente sencilla, quieren hacer ocaso, amargura y servidumbre, so pretexto de las más crudas y feroces utopías.

Esa lisa y llana complexión que se llama un sér humano. Esa generalización que es lo menos general del mundo, lo más único, lo más personal, lo más extenso de límites particulares, y a la vez lo menos diferente y lo más general. Esa débil, vulnerable entidad que se parece a todas y no se parece a ninguna. Esa historia de veinte, de cincuenta, de ochenta años que es igual a todas y no se parece a ninguna. Ese trozo de carne por el que pasan todos los sufrimientos y todos los gozos, y no sólo todos los sufrimientos y todos los gozos, sino todos los sufrimientos y todos los gozos que ella puede concebir. Esa parte del dolor unida a un organismo. Ese pequeño ser que nació de vigiliadas y cuidados y dolores terribles, largos de noches y más noches, al cual sobrevino después eso que se llama vida, temporada tan llena de extraños incendios y minúsculos padecimientos cotidianos, juego de os-

cura, engañosa y alegre paciencia, camino sin fin que de pronto, cuando se va a saber, ya se ha acabado. Pequeño tránsito en el cual apenas hay tiempo de buscar entre callados llantos, la medianía, la gloria o el camino de eternidad. Y, del otro lado, los que de esta parcela de temporalidad, de este precioso ínfimo, de este único y divino y misterioso descenso a la vida, de este raro secreto, no quieren hacer más que aniquilación y precipitación, número corpóreo sin número de alma, existencia no acabada sino finida, cesación.

He aquí, pues, que tras haberse perdido, durado por un tiempo entre noche y distancias, llega a su puerto, al suscitarse todavía bien lejos el suave claror de una nueva mañana, el barco de este nombre, la vieja coraza deslucida de Maurice Barrés. Aunque lo viene, lo que vuelve no es en realidad él, el escritor, ese faisán, ese pájaro fastuoso de perpetuas hinchazones retóricas. Barrés muerto, de él nace su antagonista y consecuencia. Lo que vuelve no es un nombre literario con lo que lleva debajo, ese ya pasó: vuelve la necesidad, la apelación de otra cosa, diferente a la decadencia, a la morosidad, a la comodidad y al peculado. Vuelve un ansia grave de austeridad nacional. Vuelve el antibarresismo o sea, en cada hombre, el estado de antirretoricidad.

Puede ser un gran destino el servir con el sacrificio de su propia individual utilidad a que otros sean mejores por réplica u oposición. La mejor mirada de un hombre suele ser la que dirige a quien al afrentarlo muestra un coraje y una limpieza insuperables. Tal vez lo que de grande quede de Barrés no sea más que esto, lo cual viéndolo bien no se consigue nunca por las vías de la mediocridad.

Veámoslo en suma como un hito crepuscular, como quien fue al menos eso: hito. Alguna vez manejó como ornamento el epitafio de Góngora para Doménico Greco: "Venéralo, y prosigue tu camino". Lejos de Barrés estamos —todo lo acusa— en el nuevo, siéndole duramente diferentes, su ulterioridad y su contrario.



LIBRO AGONICO

"UN CIRIO GOTEA EN LA SOMBRA"

Agustín Rodríguez Garavito nos ha hecho 19 confesiones —testimonios los llama él— de un cristiano del Siglo XX. Habla y escribe desde su vieja sangre cristiana, torturado por la visión de un mundo que se dice creer en Cristo, pero que en verdad lo blasfema y lo niega con su hipócrita conducta. Lanza anatemas contra el hombre colombiano, proclive a la simulación religiosa y cultural, en un empeño de arrancar la máscara a los vicios disfrazados de virtudes.

En la línea de Bernanos, de Mauriac, Graham Green, Papini, Julian Green y sobre todo de Leon Bloy, toca el tema del pecado, del sufrimiento y de la muerte, pero en un lenguaje parabólico y en veces cargado de sutiles intenciones. Nombres y personajes bíblicos son evocados y tipificados en miembros de la sociedad colombiana, con quienes el autor acaso ha tropezado y luchado en su áspero y difícil vivir: con el escalpelo de su pluma, arma terrible del escritor, los descarna y desmenuza para entregarlos en total desnudez al escarnio del lector.

Ministros y rectores de universidades, políticos, tahures, alcaldes, secretarios, maestras e inspectores, desfilan por estas páginas amargas que en ocasiones dejan en la boca sabor de ceniza o de polvo de yeso, porque el escritor se deleita en acentuar lo que hay en ellos de maldad y de ficción.

Escritor de ciudad, a Rodríguez Garavito lo persigue la obsesión de la aldea campesina con todo lo que ella guarda de idílico y a la vez de infernal, de bondad y perversión, descrito en un doloroso contrapunto y pintado con un transfondo de sombras que amenazan absorber y disolver la luz. (Un Cirio Gotea en la Sombra).

Es admirable la manera como el pintor de paisajes y de almas que hay en Rodríguez Garavito, va trazando las siluetas de los personajes dentro de su medio, sin que lo escabroso del asunto lo arredre ni le impida salir airoso de su propósito moralizador, vengativo, o simplemente literario. Fiel al ritmo de su vocación que ha ido deslizándose, contemplativamente, en el estudio de seres y de cosas, en el goce casi místico de la naturaleza, en la angustia del día y del dolor y en el culto a las virtudes teologales del cristianismo, penetra en el sustrato personal y en el sentido de la época, convirtiéndose en testigo de la historia

contemporánea. Historia que puede resultar y de hecho resulta dura y difícil de gustar y comprender para almas acostumbradas a una literatura de embellecimiento y de evasión de la cruel realidad.

Mauriac defiende la raíz cristiana de esta literatura que tiene por base la ciencia del hombre, en su miseria como en su grandeza, sin máscaras ni afeites que lo deformen y desfiguren, y que no se escandaliza de esta levadura humana, capaz de las más nobles empresas o de las más hondas degradaciones. "No fue por casualidad —comenta el gran novelista francés— que el mayor amor de los hombres llegase a inflamar el corazón de un Hombre que, siendo Dios, no ignoraba nada de los pensamientos más ocultos, nada de esos deseos que la criatura siente y no osa llamar por su nombre. Fue preciso que Cristo sintiese en su carne y en cada una de sus fibras nuestra ferocidad para amarnos como nos ama. Y nos ama en la medida en que le conocemos y aceptamos la gracia de conocernos. Su indignación contra los fariseos testimonia que nos rechaza cuando rehusamos vernos tal como somos".

Lo importante es que el lector —aun viendo la gracia divina despreciada y en apariencia rechazada— sienta por todas partes esa circulación subterránea del amor.

Como bien dice Charles Journet, la visión verdadera del mal pide una idea muy elevada de Dios, y por un giro similar, una idea muy elevada de Dios hace descender a lo profundo del mal y permite conocerlo mejor. En ello reside precisamente la dificultad y el peligro a que se enfrenta el escritor católico cuando trata del mal en su eterna lucha con el bien a través de la historia humana. Lo que importa es que en el fondo de todos los sufrimientos y decepciones brille siempre una luminosa certeza cristiana; que el sentido trágico de la existencia esté acompañado por una esperanza de convicción salvadora; que en la valoración religiosa de la vida —tan distante de lo farisaico y lo conformista—, domine, a veces bajo las vestiduras del más amargo dolor, la conformidad del creyente convencido de la grandeza de los designios divinos.

Este libro de Agustín Rodríguez Garavito —bello en su angustia y desolación, en su frase depurada y en su prosa no siempre limpia de espuma retórica en el paisaje de tinieblas— nos abre una ventana hacia el país donde luce el sol de la caridad y nos deja oír un desgarrado canto de esperanza.

Rafael Gómez Hoyos

UN CRITICO URUGUAYO OPINA SOBRE "UN CIRIO GOTEA EN LA SOMBRA"

Por **Abelardo Rondán**

Agustín Rodríguez Garavito, quien desempeñara con lujo y dignidad una alta posición diplomática en nuestro país, nos ha regalado ahora con un magnífico libro titulado bellamente "Un Cirio Gotea en la Sombra". Esta obra deslumbra y desgarrar el espíritu nos decía hace pocos días nuestra gran Juana de Ibarbourou. Quiero significar que la lectura de esta obra del escritor colombiano me trae a la memoria en forma inmediata la obra más célebre de Ernesto Renán "Vida de Jesús". Como la concibió el estilista francés y en una especie de función casi socrática, hay diálogos sobre Dios, sobre la religión cristiana, sobre el porvenir de la humanidad y señala una cultura responsable y densa.

En esta obra de Rodríguez Garavito me conmueven los capítulos que tratan de episodios de la comarca colombiana y que son la síntesis, amarga es cierto, de gentes, sucesos, paisajes de Colombia. Por tanto, por esta su raíz tan nacional y al mismo tiempo universal, este libro está llamado a perdurar en la nueva literatura americana. Es cierto que constituye un deleite amargo su lectura, pero entraña una lección y una cadena para simuladores, usurpadores de posiciones rectoras, hombres-hormigas, que predicán un cristianismo que no sienten, pero sí aparentan vivir.

El insigne Catulle Mende que epíloga sus famosas viñetas con un broche inesperado de emoción dramática, en ninguna de ellas, siendo tan hondas y significativas, prendió una reflexión de tanta sugerencia para el espíritu del verdadero lector como la que consigue Rodríguez Garavito en "Judas, el Arrebolado", particularmente en el diálogo que sostiene con el tabernero sobre la injusticia que entraña la utilización de la madera del árbol, puro y noble, para crucificar a Cristo. Y el pedimento de que se le enseñe a los hijos la necesidad de reivindicar el destino de "Aquella Copa de Dios", es de un final escalofriante. Y por primera vez, terminado el capítulo, el lector se traslada al "reino de la duda y de la miseria humana, para quedar subyugado y atónito frente a una escondida y terrible verdad que mana sangre".

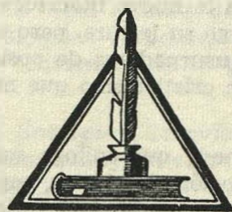
Este libro es el rostro de toda nuestra América. Pero no solamente el rostro cobrizo, sino la terrible soledad interior, la estepa de las almas. Escrito en un idioma de alta alcurnia intelectual, nos olvidamos

muchas veces de ese templado rigor literario, para seguir la senda de las verdades que se apretujan, crujen como hojas secas o nos hundén en lágamos que asfixian. No sabemos qué resonancia haya tenido este libro en Colombia. Pero sabemos de antemano que es un libro de aquellos que se escriben para testimoniar, dejar una impronta, adoctrinar y enaltecer. Su lectura, digámoslo francamente, es agobiante y amarga. Como algunas novelas de Mauriac o de Bernanos. Pero por ello mismo imperecederas. Ya que está ahí desnuda y palpitante, la vida interior, el pensamiento que reptá como gusano al sol, lo soterrado, subterráneo y harapiento del hombre.

Es un libro excelente y de resplandores vivos. Y un documento sobre Colombia impresionante y viril.

ABELARDO RONDAN

Montevideo, Diciembre de 1967.



COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

ESTUDIO FISCAL DE COLOMBIA

ESTUDIO FISCAL DE COLOMBIA (título original: Fiscal Survey of Colombia), por Milton C. Taylor y Raymond L. Richman, profesores de Michigan State University y University of Pittsburgh, respectivamente. Colaboraron con ellos: Carlos Casas Morales, Jorge Franco Holguín, Alvaro López Toro, Bernardo Rueda Osorio, Eduardo Wiesner Durán y Richard C. Williams. Publicado por The Johns Hopkins Press, Baltimore, Maryland, 1965, para el Programa Conjunto de Impuestos, entidad creada por la Organización de Estados Americanos y el Banco Interamericano de Desarrollo.

El trabajo de investigación se hizo principalmente en 1963. Los comisionados por el Programa Conjunto de Impuestos se trasladaron a Bogotá y con la estrecha colaboración tanto de funcionarios oficiales como de otros colombianos, realizaron esta obra que es la síntesis más afortunada de nuestros problemas tributarios.

La descripción de los estatutos que regían la materia es exhaustiva. Con responsabilidad científica incontrovertible recorren paso a paso, a partir de 1950, los ingresos nacionales referidos a sus fuentes y los gastos que hizo la administración. Analizan la distribución de las cargas impositivas con realismo y honradez, a la vez que presentan sugerencias sobre métodos de recaudo.

La parte final de cada capítulo contiene recomendaciones, muchas de las cuales ya se han adoptado por el Gobierno, particularmente en el Decreto 1366 de 1967 y en los reformatorios del mismo. No cabe duda de que este libro fundamental, que no ha tenido difusión suficiente en Colombia, influyó en las reformas tributarias y en el pensamiento del Gobierno en materia tan importante.

La Reforma Constitucional sobre cuestiones municipales y departamentales, la descentralización fiscal y otras materias, también fueron previstas en la obra que comentamos. Recomendaciones tan concretas como el impuesto a la gasolina, la abolición

de tributos con destinación especial, la cesión de rentas nacionales a departamentos y municipios, son materias que se contemplan en la obra y que hoy agitan la opinión pública.

Uno de los autores, el profesor Riehman, ha estado varias veces en el país y sigue en detalle los cambios económicos que se suceden. En su cátedra de la Universidad de Pittsburgh analiza con tino y con afecto hacia Colombia problemas en parte enunciados en el libro: el engaño de ciertas industrias nacientes en los países en desarrollo; el proteccionismo aduanero que es un impuesto para el pueblo y un privilegio para unos pocos; la necesidad de estimular las exportaciones menores entre las que enumera los cítricos, la piña, las ruanas y otros; los incentivos tributarios discriminatorios y anti-económicos; la necesidad de abolir paulatinamente el monocultivo del café; la búsqueda de nuevos mercados para el grano; la libertad de comercio internacional; en fin, las razones por las cuales el petróleo no produce divisas.

Se extiende en consideraciones tan obvias como sabias y desconocidas: ¿por qué tanto temor a endeudarse, si el país en desarrollo invierte los préstamos productivamente? ¿Acaso la balanza de pagos equilibrada es un ideal? ¿Es la inflación, realmente, y en todos los casos, un mal? Comenta igualmente el papel negativo que desempeña la restricción del circulante, que paraliza la industrialización y explica el estímulo que ejerce la devaluación sobre las exportaciones.

El libro ilumina muchos senderos científicos a la vez que combate prejuicios y temores que enervan la actividad económica.

Gregorio Vásquez Rodríguez

BIBLIOGRAFIA

SITIOS, SUCESOS Y PERSONAJES CARAQUEÑOS

Por **Héctor Parra Márquez**

Escribir historia no es un trabajo fácil. Son tantos los presuntos historiadores y tan fallido su intento, que las Academias, las de ayer y las de hoy, rebosan de esos personajes grises, atentos únicamente a husmear datos, charadas, epístolas, pero sin provecho alguno para una seria labor confrontativa. La historia tiene que ser algo vivo, aleteante y no simple coloquio circunstancial o una enumeración de fechas y documentos momificados ya, comidos por la herrumbre. Por eso mismo cuando hallamos historiadores de verdad, nos acomete una súbita alegría casi orgánica. Porque el historiador que sabe cumplir su tarea va presentando ante los ojos del lector, vidas, hechos, circunstancias, que enmarcan épocas, hombres, victorias y reveses, infortunios y glorias.

A esta escuela que tuvo en Venezuela un hombre formidable como escritor, que se llamó Caracciolo Parra Pérez, es preciso agregar ahora el nombre de Héctor Parra Márquez, emparentado con el anterior y hermanos en el espíritu creador. Porque Parra Márquez sabe trazar cuadros completos de tiempos idos, de gentes que alumbraron su fervor o su insidia un instante, y rodaron hacia las dársenas del olvido. Es un psicólogo y un estilista. Dos facetas fundamentales para revivir la historia, dramatizarla, cargarla de pasión y emoción. Así, lo confirma este nuevo libro del gran venezolano, quien, asistido por un fervor limpio de escoria, viene trabajando en una obra gigantesca, que le otorga a Venezuela un sitio eminente en esta clase de trabajos. Parra Márquez es un cazador auténtico. Sale en busca de experiencias. Descubre la presa, y ya no suelta su anhelo íntimo de persecución. Es preciso traernos el trofeo codiciado. Por eso mismo las vidas y los hechos que relata en este magnífico libro tienen osamente y carnadura. Nada en estos relatos es gris, achatado o monótono. Historia de un tiempo venezolano. Odios, pasiones, ternuras, enconos, acerbas posturas. La vida como es siempre: Un río de luces cabrilleantes, en veces sombrías, y otras, remanso que copia árboles sensitivos.

En verdad tenemos que agradecerle a este gran historiador venezolano su estupenda contribución intelectual a esclarecer los rumbos de su Patria y sus aconteceres históricos. Porque su trabajo es del espíritu y éste se salva de todo irremediable olvido, cuando sabe darnos los verdaderos dones del Espíritu Santo.

A. R. G.

LA BIBLIA LIBRO ETERNO

En realidad puede parecer un poco raro que aparezca en esta ocasión una nota bibliográfica sobre la Biblia. Digo raro porque dentro de los libros que se venden, o se leen, posiblemente el que menos éxito tiene dentro del mismo sentido es este monumento a la humanidad.

La Biblia debe leerse de todas maneras, no con un criterio mojigato y un tanto mezquino de libro eminentemente religioso sino como una obra de inconmesurables atractivos. Se trata de una disciplina, de una norma de vida, de un código espiritual, por medio del cual, estamos seguros al afirmarlo, el lector podrá obtener magníficas satisfacciones.

Aunque siempre ha sido considerado como un "Misal", nos atrevemos a decir que este es un criterio absurdo ya que se trata de algo distinto. Si consideramos a la religión o religiones en general y en su sentido más amplio como un conjunto de normas morales, éticas y espirituales que el hombre en un momento dado y según sus necesidades inventa. Es en cierto modo la legislación espiritual. El hombre se enfrenta, desde los primeros tiempos a preguntas o inquietudes que en principio no puede resolver totalmente con su lógica; entonces acude a cierta "fantasía", si se nos permite la palabra, para darle solución a esos interrogantes. Crea una religión, un sistema de vida.

Ese conjunto de normas que se ha ido moldeando poco a poco desde el comienzo de los tiempos, desde la creación del universo y en el momento en que cesa el caos, hasta los peregrinajes de los últimos legisladores, todo lo encontramos en la Biblia sistemáticamente desarrollado y expresado.

Como católicos deberíamos iniciar una campaña para que todo el que se dice tal, que por lo general no da un paso más adelante sino se conforma con el simple nombre, conociera esta obra maestra de la literatura y de la historia. Es como enseñar a leer, como educar, como explicar la ley.

La Biblia es esencialmente un libro histórico, un libro de una importancia trascendental. ¿Cómo es posible que se haya dejado, como hasta ahora sucede, en cierto modo olvidada, creando alrededor de ella una especie de "tabú", de misterio, con lo cual lo único que se logra es que cada día se haga más lejana a todos los hombres?

Gusto de ver como en otras latitudes y en otros sistemas se "usa" la Biblia de una manera consciente y práctica; ¿por qué razón no se logra eso entre nosotros y desde aquí irradiar hacia América esta campaña? ¿Por qué en las escuelas y universidades y aun en las casas de familia no se lee la Biblia?

En estos días hemos tenido ocasión de conocer varias ediciones de ella, que van desde los ejemplares de lujo, bellamente impresos, hasta publicaciones que sin estar mal presentadas, están sí, desde todo punto de vista al alcance de todos.

Por tanto, leer la Biblia es enriquecer nuestro mundo intelectual.

G. G. L.

EN NOVIEMBRE LLEGA EL ARZOBISPO HECTOR ROJAS HERAZO

PREMIO ESSO 1967

Cuando hace unos años terminamos de leer "RESPIRANDO EL VERANO", la primera novela de Rojas Herazo y segundo premio en el primer concurso de la Esso, nos dijimos: "solo le faltó muy poco para ser una gran novela". Por eso sentimos una gran alegría cuando supimos que Rojas Herazo estaba por lanzar su segunda novela, fruto de cinco años de trabajo. La esperábamos con ansiedad, casi con la misma impaciencia con que se espera la abertura del telón para presenciar una gran obra. Ya que si "Respirando el verano" había resultado tan buena ésta sería algo definitivo en la novelística Latinoamericana. Cuando leímos en la prensa matutina del 28 de Octubre que Rojas Herazo se había ganado el premio de Novela Esso de 1967, no nos causó sorpresa, lo consideramos como un fallo casi obligatorio por parte del jurado y como un indicio más de que nuestras esperanzas no se verían frustradas. Por eso recibimos con inmenso agrado, a los pocos días, la magnífica edición de Lerner y nos gozamos de que en tan poco tiempo se hubiera editado la novela, pues palpábamos no solo en nosotros si no en el público intelectual una justificable impaciencia por leer la obra.

El primer capítulo fue como un latigazo a la cara con el olor a estiércol en donde se revolcaba Gerardo. Después fue el desfile angustioso, lento, sofocante de personajes que se diluyen en el calor de un sol de fuego, en medio del olor a excremento y a palito de limón. Todos son unos espectros, cuyas vidas desventajadas y sin rumbos como bajeles carcomidos por la acción del yodo y el tiempo navegan o más bien casi naufragan en el oscuro mar de los recuerdos fantasmales.

En los primeros reportajes que Rojas Herazo concedió, después del fallo, dijo que su novela no tenía personajes centrales si no que era la cristalización literaria de la vida de un pueblo de nuestro litoral Atlántico.

Hemos tenido la oportunidad de recorrer los pueblos de la costa bañada por el Mar Caribe y de visitar en particular a Tolú (el pueblo sobre el cual basa su novela Rojas Herazo y que apa-

rece en ella con el nombre del Cedrón) y hemos podido comprobar que aunque allí se encuentran seres que no viven si no que vegetan por indolencia nacida de la mezcla racial y del ambiente; la costa como todo trópico es rica en manifestaciones vitales, en juventud, en exuberancia, en arrogante primitivismo. Parece como si la naturaleza se derramara pletórica en la airosa palmera, en la escurridiza lagartija o en el musculoso cuerpo del mulato. La vida, la juventud irradian en la luz de ese sol siempre presente y juegan en las olas de ese mar, vasta inmensidad de esmeralda y espuma. Pero en la novela de Rojas Herazo la sangre joven, ardiente, alegre y sensual del morocho y del negro se hacen presentes por su ausencia. Todos son viejos no solo por los setenta y tantos años que el autor les da a cada uno de sus personajes si no por su espíritu egoísta, anciano, lleno de tremendos remordimientos, maldiciones y asesinatos. Viviendo en un presente inocuo, vacío sin motivos y con un panorama formado por oscuros presagios y un más incierto futuro. Los personajes de Rojas Herazo no viven, reptan en su existencia, para todos la peor maldición es la vida y como tal la odian, la detestan, sin embargo la muerte tan poco ofrece una solución, pues es la entrada a una nada ignota y desconocida. Se mueven entre dos posibilidades cual más de terribles e inseguras, arrastrando sus vidas como un pesado fardo, sin descansar un instante, sin que brille un rayo de esperanza a no ser aquella noticia, que más suena a una queja, de la llegada del Arzobispo en Noviembre, no hay una flor que les brinde su aroma ni un árbol que les ofrezca sus sazonados frutos. Es el pueblo que agoniza bajo los almendros.

Las escenas violentas, crudas, biológicas, pletóricas de sangre, esputos; de acciones fisiológicas, innecesarias de ser tan lujuriosamente descritas, en donde "DIRIASE QUE SE HACE NECESARIO LLEVAR A CABO UN EXAMEN COPROLOGICO", según las irónicas palabras de Camilo Restrepo; se suceden una tras de otra con una secuencia sin fin de adulterios, desgracias, incredulidades y pasiones que luchan desesperadamente por aparecer cada una más terrible, más dramática, más violenta para ahogar al unísono el ánimo del lector desprevenido en un océano de desesperanza y desolación. No negaremos que hay descripciones y capítulos muy bien logrados. Como por ejemplo la niña Vitelia castigando a Severino y a Alberto Enrique o el capítulo en que por primera vez se nos presenta a Leocadio Mendieta en toda su sádica ferocidad afueteando a su mujer antes de usarla y después azuzando los perros contra sus hijos o aquel otro de Auristela en donde describe con maestría inigualable a la beata. Pero sin embargo, estos oasis en el desolado desierto no logran salvar la novela, solo demuestran de lo que es capaz Rojas Herazo cuando quiere escribir de veras.

No nos explicamos el afán, casi pueril, del autor de repetirnos hasta la saciedad todos los términos más vulgares y bajos

con que la canalla salpica su parloteo. Ese collar de expresiones no le dan realismo a la novela, antes le resta; pues si es verdad que las personas pueden a veces emplear tales vocablos no lo hacen con la asiduidad de los personajes de "En Noviembre Llega el Arzobispo", pues le sería imposible expresar sus ideas ya que estos términos, afortunadamente, son más bien pocos.

Rojas Herazo a pesar de las 363 páginas que escribió no logra cristalizar su intento: plasmar un pueblo en su novela.

Aunque presenta a cada uno de sus personajes no logra concatenarlos, no logra unirlos en un todo para presentarnos ese organismo vivo, palpitante compuesto de cientos de individuos que constituyen ese monolítico que denominamos pueblo. El autor se deja guiar por su febril pluma para perderse en un bosque de figuras literarias, de bellas parábolas estilísticas y de acrobacias idiomáticas muchas veces carentes de un sentido plástico y tangible de la realidad.

Cuando terminamos el libro nos encontramos perplejos, casi desconcertados de nuestra propia desilusión y resolvimos guardar silencio y no manifestar nuestro parecer ya que pensamos que tal vez éramos únicos. Pero después de que comenzaron a aparecer los artículos de los columnistas de "El Siglo", "El Espectador", etc., y por último la magnífica crítica de Camilo Restrepo en Cromos tuvimos que admitir casi con dolor que no estábamos tan equivocados. Si cuando cerramos "RESPIRANDO EL VERANO" dijimos: le faltó muy poco para ser una gran novela", al concluir "EN NOVIEMBRE LLEGA EL ARZOBISPO", afirmamos "le faltó mucho para ser siquiera una buena novela". Solo nos resta decir que la gran novela colombiana del siglo XX está por escribirse y que Rojas Herazo fracasó en hacerla.

O. H.

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

FACULTAD DE MEDICINA

COMITE DE ADMISIONES

Las Inscripciones Para el Segundo Semestre de
1968

Estarán Abiertas Desde el 22 de Abril
hasta el 26 de Junio.

EXAMENES DE ADMISION:

3 y 4 de Julio

MATRICULAS^o

Julio 8 (lunes)

INFORMES, PROSPECTOS Y FORMULARIOS
DE INSCRIPCION:

Secretaría de la Facultad y Hospital de San José
Calle 10, N° 18-75

INDICE

NOTA EDITORIAL

El Rector y el Claustro 9

JURISPRUDENCIA

Una Ley Fundamental (Presentación de la Ley de Organización Judicial) por Guillermo González Charry 13
Semblanza de Antonio Rocha A. por Roberto García Peña 21
El Saneamiento del Progreso por Hernando Morales M. 24
En qué Consiste la Política Jurídica del Presidente Lleras por Jaime Vidal Perdomo 29
Una Forma de Testamento que no se Admite en el Derecho Colombiano. El Testamento Ológrafo por Ovidio Oundjian B. 36

FILOSOFIA

El Razonamiento en el Imperativo II (Continuación del Número Anterior) por Cayetano Betancur 51

PAGINAS MAESTRAS

Discurso Pronunciado el 9 de Noviembre de 1924 en la Quinta de Bolívar por Guillermo Valencia 63
Santander, Génesis en Pensamiento y en Espada por José Camacho Carreño 67

ECONOMIA

Lecturas sobre la Crisis del Patrón Oro-Cambio por Carlos Echeverri Herrera 77

ADMINISTRACION

La Influencia de las Fuerzas Políticas en la Administración Pública en los Países en Proceso de Desarrollo por Maurice Duverger 93

EL ESPEJO EN EL CAMINO

Monseñor Castro Silva, un Héroe de su Tiempo 105
Nuevamente la Universidad Nacional 107
El Pastor Martín Luther King 107

La Unesco y el Patrimonio Cultural de América	108
Tradición y Renovación	109
Poesía Eterna	109
Las Escuelas de Rehabilitación	110

MEDICINA

Algunas Consideraciones Acerca de Métodos Empleados para la Enseñanza de la Medicina y Ciencias Afines por Guillermo Fergusson	113
Oclusión de la Válvula Mitral por un Trombo Intra-Auricular Producido en el Post-Operatorio Inmediato de la Comisurotomía Mitral por Juan Consuegra Zulaica y Andrés Andrade Venegas	125

LITERATURA

Hernando Téllez en un Día de su Evocación por Jorge Castaño Castillo	135
Soneto de Desagravio a mi Alma (Inédito) por Jorge Rojas	139
Embriaguez por Jorge Rojas	139
Poemas de Eugenio Reyes Peñaranda	140

HISTORIA

La Ilustración en Colombia por Jaime Sánchez Farrut	145
---	-----

CRONICA ROSARISTA

Informe del Consejo Directivo	155
Tablas de Derecho Civil. Bienes por Ovidio Oundjian B. - A.R.G.	160

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Tiempo y Posteridad, Segunda Muerte de un Escritor por Eduardo Mallea	163
Libro Agónico: "Un Cirio Gotea en la Sombra" por Rafael Gómez Hoyos	175
Un Crítico Uruguayo Opina sobre "Un Cirio Gotea en la Sombra" por Abelardo Rondán	177
Comentarios Bibliográficos: Estudio Fiscal de Colombia por Gregorio Vásquez Rodríguez	179
Bibliografía: Sitios, Sucesos y Personajes Caraqueños	181
La Biblia, Libro Eterno	182
En Noviembre Llega el Arzobispo	183

Señor Administrador de Bienes Oficiales

No desampare este
patrimonio de los
colombianos

ASEGURELO CON NOSOTROS



LA PREVISORA S. A.

Compañía de Seguros

De conformidad con el decreto 2222 de 1962, los seguros sobre bienes oficiales deben contratarse con

LA PREVISORA S. A.

¿Qué significan
para el país
las nuevas plantas
de refinación
de Barrancabermeja?

producción de etileno y propileno como primer gran aporte de Colombia a la integración petroquímica dentro del grupo andino

ECOPETROL ratifica así su voluntad de contribuir a la transformación nacional y demuestra la capacidad de los colombianos para atender los desarrollos de su industria petrolera.



ECOPETROL

Patrimonio y esfuerzo de colombianos
es una política nacional.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.



El próximo número de la Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario estará dedicado en su totalidad a honrar la memoria del Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector Epónimo del Colegio Mayor, Gloria de la Iglesia Católica, maestro de varias generaciones y escritor que honró las letras españolas y el pensamiento universal.

